

MARÍA BAUTISTA

# MIS AMIGAS SE COMPRAN CASAS



Macleín *y* Parker

**Primera edición**  
Octubre de 2023

**Del texto**  
© María Bautista, 2023

**De la cubierta**  
© Sofía González, 2023  
[www.instagram.com/sssofiagonzalez](http://www.instagram.com/sssofiagonzalez)

**De esta edición**  
© Maclein y Parker, 2023  
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6  
41701 Dos Hermanas, Sevilla  
[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**Edición y corrección**  
Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación**  
Antonio Abad (Maclein y Parker)

**Impresión**  
Estilo Estugraf Impresores, S.L.  
Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-126927-2-3  
Depósito Legal: SE-1633-2023



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

*A mis padres, estación de salida*

Desde un punto de vista material vivimos un poquito mejor que antes. Disponemos de dos habitaciones en vez de una. Tenemos bastante carbón y suficiente comida. Pero si tenemos en cuenta lo que hemos perdido, es evidente que lo pagamos demasiado caro.

*La analfabeta*, AGOTA KRISTOF

## AGUA



Cuántos litros caben en una bañera, me pregunto mientras abro el grifo y dejo que corra el agua. Muy pronto empieza a salir humo, así que coloco el tapón con destreza, intentando no mojarme con el agua hirviendo. Dejo que se vaya llenando poco a poco mientras pongo la tele para no escuchar la fuerza con la que se deja caer. Para no pensar demasiado en ella. Sin embargo, no paro de darle vueltas.

Una vez leí que al nacer nuestro organismo es un ochenta por ciento de agua y que luego, con el tiempo, esa cantidad va disminuyendo y la piel se nos va pegando al cuerpo hasta pasar de ser agua a ser pellejo y acabar siendo solo huesos, materia deshidratada lista para su desintegración.

Recuerdo a la abuela Evenye con su boca desdentada afirmar con rotundidad haber sido gorda y poderosa, un cuerpo repleto de agua y de vida. Era imposible creerlo al mirarla, tan escuchimizada y tan poca cosa. Pero algo de agua debía seguir teniendo su cuerpo anciano, porque cuando se evaporó del todo, la misma tarde en que mamá le cerró los ojos y la besó por última vez en la frente, se formó una nube gris sobre nuestra casa y después llovió barro, goterones espesos de color canela que rozaron mi

piel con la misma delicadeza con la que lo hacían los dedos de la abuela Evenye.

Leí también que, con los años, las mujeres tienen menos agua en su cuerpo que los hombres y no me sorprendió. Tampoco me sorprendería que mi nivel de agua fuera mucho menor que el de cualquier mujer de mi edad. Tuve una infancia extraña, algunos podrían decir que triste, porque me pasaba el día llorando, pero no es verdad. Esos mismos dirían que la de mi hermana habría sido una infancia alegre porque no paraba de reír. Pero en realidad nosotras, que apenas nos llevábamos trece meses, tuvimos una infancia muy parecida, siempre a las faldas de la abuela Evenye y de sus historias de antepasados que venían a visitarla por la noche. Sus palabras resonaban en nuestras cabezas cuando intentábamos dormirnos y nos apretábamos muy fuerte la una a la otra para poder conciliar el sueño a pesar del miedo, pero siempre queríamos más. Como todos los niños, nosotras también hacíamos lo imposible por conocer nuestros límites. Por traspasarlos más allá de lo que los adultos con sus miradas feroces nos permitían. Éramos silvestres e intrépidas, aunque para salirnos con la nuestra cada una utilizara diferentes armas.

Nina era de sol, luminosa, activa, cálida y su arma era la risa. Cuando estaba triste, reía con amargura, cuando quería provocar, reía, cuando tenía miedo, reía. Reía siempre y a veces se ganaba una bofetada. Así que yo, que era extraña e intensa como la lluvia en nuestra tierra, prefería llorar. La abuela Evenye solía decirme que si lloraba tanto acabaría por quedarme sin lágrimas, pero yo no podía evitarlo. Lloraba cuando algo me sorprendía, cuando me

creía capaz de todo y cuando me sentía impotente y minúscula, lloraba cuando la rabia me volvía salvaje y también cuando la indignación me ponía triste. Lloraba por las cosas más ridículas. Lloraba con motivo y sin motivo, como una niña boba, y nadie me tomaba nunca en serio, lo que a veces era una ventaja, porque podía hacer lo que quisiera sin que ningún adulto realmente pensara que sería capaz de conseguirlo, la niña llorona y pusilánime. Y año tras año mis lágrimas no se acababan nunca. Yo las sentía infinitas.

Pero la abuela tenía razón, ellas, con su sabiduría ancestral, siempre la tienen. De tanto llorar a una se le pueden secar los ojos. Puede dejar de ser agua.

En la televisión hablan, pero yo solo escucho ruido. Todavía hay tanto que soy incapaz de entender de este idioma. A veces me gusta que sea así, me ayuda a desconectar y a convertir las conversaciones en puro ruido. No oír. No entender lo que me gritan por la calle. Escuchar esas palabras extrañas como quien oye llover. Un murmullo que es solo agua, como nosotros mismos cuando abandonamos la comodidad del útero materno. Nuestro corazón preciso y puntual es agua, el cerebro en pleno desarrollo es agua, los pulmones que se expanden para atrapar la vida son agua, el disfraz de piel que nos recubre es agua y también son acuosos nuestros ojos, incluso los más oscuros, los que se parecen a las noches densas en alta mar.

Mi hija Fortune nació una tarde de tormenta y calor pegajoso. También será de lluvia, como yo, y lamenté que no hubiera salido de sol, como mi hermana Nina, que a mi lado en el hospital me cogía de la mano y me llenaba de

risas. Aquel chico, con el que había traspasado los límites mucho más de lo que a mí misma me habría gustado, me dijo muy seriamente me quedaré contigo, pero al final, la que se quedó en mi casa, no te vayas a creer, será solo por unos meses, aunque al final estuvo casi dos años, fue Nina y mi hija se acostumbró a dormir acunada entre las carcajadas vibrantes de mi hermana. Fue un tiempo feliz aquel. Nina estudiaba por las tardes. Se había empeñado en apuntarse a aquellas clases de economía por más que mamá hubiera insistido en que se quedara en el taller con ella, que tenía buena mano con la aguja, que nunca pasaría hambre, que qué otra cosa mejor iba a hacer. Pobre mamá, ninguna habíamos querido seguir sus pasos, yo criando a una niña sola y Nina ambicionando el éxito. Volveré al taller cuando tenga algo que ofrecer, mamá, le decía, crearemos una empresa, importaremos vestidos, nos haremos ricas y se reía mientras se esforzaba en retener todos aquellos conceptos y salía los sábados por la noche con aquel grupo de estudiantes que la merodeaban. Cuidado con los hombres, Nina, que muerden, solía advertirle mamá, que había enterrado a tres maridos, y mi hermana reía con descaro. No podíamos creerla y mucho menos imaginar que los hombres no solo mordían, devoraban.

En aquella época Fortune dormía sin parar y nosotras soñábamos. Éramos tan jóvenes. Luego una mañana de domingo, cuando mi hija ya era lo suficientemente mayor para llamar a gritos a su tía Nina y perseguirla por toda la casa, pero no lo bastante como para recordar su risa en el futuro, llamaron a la puerta dos policías sin rostro. Dejé a la niña llorando con la vecina y me marché con ellos.



Necesitaban que algún familiar le pusiera el nombre de Nina a ese cuerpo mutilado y violado que habían encontrado flotando en el pantano. Ese cuerpo de sol convertido en noche. Ese cuerpo inundado y sin embargo seco, ya sin agua.

\* \* \*

En la televisión vuelven a hablar otra vez de la riada. Hace unos días ni siquiera conocía la palabra, así que la busqué en internet. Decía *crecida repentina del nivel de las aguas de un río producida por fuertes lluvias*. En las imágenes las calles de una ciudad se han convertido en canales y los coches se deslizan por ellos como si fueran animales muertos entre los cientos de animales muertos que también pululan por ahí. La zona afectada es ganadera y el agua ha entrado a destajo por las granjas y las vacas, tan gordas y poderosas como la abuela Evenye presumía de ser en sus años mozos, no han sido capaces de sobrevivir a la estampida del agua, a pesar de toda esa grasa corporal que las mantiene a flote. Si el agua exhibe toda su fuerza, de poco sirve saber nadar. Ganará siempre.

Cambio de cadena con cierta congoja. He visto los rostros llorosos de esos que lo han perdido todo y no puedo sino compadecerlos. Durante algunos días, hasta que el estado poderoso y rico en el que han tenido la suerte de nacer decida hacerse cargo de su desgracia, estas familias estarán del lado de los desheredados, de los desarrapados, de los que no tenemos nada. El agua nos habrá convertido por un instante en iguales.